

LA BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

La biblioteca del viejo héroe manchego está formada con amor y con sacrificio. Vendió, dice su Biblia, «muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros.»

Es decir, puso su patrimonio al servicio de su exigente espíritu, y luego leyó sus libros con tanta afición y gusto que por ello olvidó los demás oficios de su vida y de su rango.

Fué, leyéndolos, con su devoción, como le vino el gran deseo, como si le hubiese nacido dentro de su alma una noble claridad, de curarle sus males al mundo; de salir, digamos, por la amplia tierra llevando en la punta de su lanza a modo de una estrella, la luz redentora que se había revelado en su alma.

Su refugio en las horas crueles de su vivir y de su pensar, fué sin duda la capilla luminosa y callada de su biblioteca, y fué hacia ella a donde se sintió atraído acaso siempre en su divino vagar, cuando su padre ponía en sus labios el cáliz de la amargura. Es probable que para fortalecerse el alma, tan grato habría sido para su ánimo viril entrarse en el corazón de la montaña como en el religioso silencio del aposento de los libros. Porque hay una cierta divina y magnífica relación entre

LA BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

La biblioteca del viejo héroe manchego está formada con amor y con sacrificio. Vendió, dice su Biblia, «muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros.»

Es decir, puso su patrimonio al servicio de su exigente espíritu, y luego leyó sus libros con tanta afición y gusto que por ello olvidó los demás oficios de su vida y de su rango.

Fué, leyéndolos, con su devoción, como le vino el gran deseo, como si le hubiese nacido dentro de su alma una noble claridad, de curarle sus males al mundo; de salir, digamos, por la amplia tierra llevando en la punta de su lanza a modo de una estrella, la luz redentora que se había revelado en su alma.

Su refugio en las horas crueles de su vivir y de su pensar, fué sin duda la capilla luminosa y callada de su biblioteca, y fué hacia ella a donde se sintió atraído acaso siempre en su divino vagar, cuando su padre ponía en sus labios el cáliz de la amargura. Es probable que para fortalecerse el alma, tan grato habría sido para su ánimo viril entrarse en el corazón de la montaña como en el religioso silencio del aposento de los libros. Porque hay una cierta divina y magnífica relación entre

el alma del monte, bella, fuerte y fecunda alma, y el alma del libro, el alma delicada y espléndida del libro: la Iliada es como el Olimpo, el Evangelio es tan pintoresco como el paisaje de Galilea y la Comedia es como un sagrado monte italiano.

Don Quijote fué siempre fiel al culto de su libro. Después de sus primeras desventuras, curado ya de ellas, su más íntima preocupación no fué por cierto la de dedicarle un pensamiento gentil a su luminosa señora, sino la de ver sus libros. Vive su glorioso ánimo de la sustancia de ellos, en la confianza que da el sentirse amparado por el escudo de un héroe antiguo. Vive de su memoria, y cuando quiere decir una palabra inmortal los invoca con un alto y vehemente fervor.

Alguna vez hace de ellos un recuerdo que es hermoso y elocuente en sus labios y es digno del objeto hacia donde va dirigido. Tanto más sugestivo es ese recuerdo, cuanto que le viene en un instante en que todas las divinidades del monte le tienen bajo su protección y en que le están formando el genio.

Regalos de su alma y entretenimientos de su vida, así los llamó él, pensando con santidad en ellos y con una clara y honrada gratitud. Y es esta memoria la que al través de su evangelizadora faena, es esta gratitud al libro de donde le nació su heroica devoción, las que le mantienen en su trabajo, cada vez más grande en su anhelo, hasta cuando la muerte, orgullosa de tan ilustre existencia, le recibió la lanza de su desfallecido brazo.

Gratitud honda del superior hombre, en quien, por virtud del libro, los cielos le dieron a la tierra

la voluntad batalladora, la espléndida lanza que completa el precio y la eficacia de la parábola elocuente y serena.

Así fué como el Verbo, creador del maestro risueño y del batallador épico, ganó también de ellas, en grandiosidad y en soberanía y en bondadosa fortaleza.

RÓMULO TOVAR